

jamás me marché de la isla, y a pesar de las vueltas que he dado —se decía el muchacho a punto de abandonar de nuevo la orilla salada, este lado de acá— siempre he vuelto al mismo lugar, a la pared de la memoria.

Cercado por las brumas, un día contó la leve historia en Lincoln, un pueblo del centro de Inglaterra. Con los ojos negros, abiertos, esos ojos que habitan en la infancia y se van achicando con el paso de la memoria y del tiempo, su hija escuchaba como quien escuchara un tiempo infantil. Tantos años hará de aquello, aquel poema inscrito en la pared blanca como la huella de un dinosaurio sobre los espacios desérticos. Ya no habrá nada, es lógico que ya no haya nada, yo no escucho que haya nada, la memoria no deja que todo perviva, así que aquel símbolo debió estar sepultado. Murió la madre, jamás fue al Teide, yo no recuerdo que haya ido al Teide nunca, así que ya no hay nada, la metáfora se acaba con la vida, ni pared debe haber.

Años más tarde, sin embargo, la niña escucha a Lou Reed en el viejo tocadiscos, se apasiona con Bruce Springsteen, lee a Cortázar, acaso hace las mismas cosas que nos devuelve la memoria y se nos enfrentan como un espejo difuminado para indicarnos que nosotros volvemos a estar en otras manos, que no dejamos de existir con nuestra edad, sino que otros que vienen ocupan el territorio de nuestra memoria y nosotros vamos abandonando el barco sin rumbo sobre el que alguna vez navegaron los ojos de Matilde Urrutia.

Así que la hija de aquel muchacho que ya leía a Beckett como una solución para la náusea y la nada almacenó aquel recuerdo como un símbolo y un día fue a la misma casa, a la misma hora —las cuatro de la tarde, siempre eran las cuatro de la tarde durante todos aquellos veranos—, recorrió las paredes con sus dedos de ocho años, los mismos años, acaso los mismos dedos, los dedos de ocho años recorrieron aquella pared y hallaron —no te he dicho, tu hija ha encontrado el poema— los versos de Kipling borrados por una niña parecida tantos años atrás.

Sí, aquí estaban, yo los he tocado, dijo la hija, envuelta en las risas que provocan las casualidades, así que tanta cal no ha servido de nada, el poema ha seguido existiendo.

El muchacho, burlada ya la edad de treinta años, asentado en el mundo como un personaje que empieza a pensar en el recuerdo como una parte del futuro, contó la historia. Cuando las casualidades son tres, la cosa se convierte en una historia, en la base de una experiencia, es un relato que da sentido a la memoria. La literatura lo recupera todo, no hay olvido posible con la literatura, ni exilio, ni se puede abandonar territorio alguno cuando uno se lleva consigo la memoria. Así que ya empezaba a contar memorias. Recibió cartas, requerimientos para que reprodujera en papel el olvidado poema, pero él ignoró todas las demandas. Aquel poema debía persistir tan sólo en la memoria borrada de la pared blanca, no en ningún otro lugar.

No nació esa historia para quedarse ahí, porque entre la correspondencia exiliada, en Madrid con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo, rodeado de los libros con los que quiso recordar la adolescencia, los olores de la infancia, Kafka, Beckett, Cortázar, Neruda, Sartre, Albert Camus, los poemas de Rilke, cercado por el viento

seco de una tarde de otoño, refugiado tras los cristales opacos de una casa luminosa, aquel viejo muchacho de ocho años recibió una carta impensada, una especie de regalo de Navidad de un amigo que jamás escribía cartas. Pero un día, cercado por los libros y los agobios del espejo se había decidido a escribirle, para darle ánimos, ofrecerle un hombro, dejarle caer alguna palabra de aliento que le regresara como un bumerán. Acaso le escribió por eso, o lo escribió sólo para no sentirse solo, y además, eso se lo contaba en la carta, muy descriptivamente, como para que no cupiera duda alguna de que él se sentía orgulloso del hallazgo, porque había descubierto entre sus papeles un poema que acaso le divertiría tener porque era muy bueno para las horas malas, no sé si lo conoces, pero te lo mando en cualquier caso en una fotocopia que hice esta mañana en la universidad.

Bien doblado, como corresponde a los papeles nuevos, el poema que se adjuntaba en la carta era, como ya han supuesto, *If*, de Rudyard Kipling, en otra traducción, es cierto, pero el mismo poema, igual obsesión por la perfección del hombre, la humildad del origen, aquellas ideas obsoletas que este personaje condicional nos aconsejaba seguir para ser absolutamente verticales, buenos, los seres más puros de la tierra. Tan limpia geografía persiguiendo al muchacho de ocho años que tantos años antes escribió sobre una pared blanca esos mismos versos adolescentes.

Perseguido por ese poema, ingresó en la edad en que todas las cosas se tocan como si fueran palabras, el amor, el desengaño, la melancolía, la tierra, el exilio, la palabra agua, el concepto del mar, la frecuencia con que el sol aparece en nuestras obsesiones, todo se hace hijo de la edad, pariente de las lágrimas, abundante espuma de las olas sobre nuestros ojos finalmente quietos sobre un mapa cuyo territorio sólo tiene curvas que conducen a los primeros vocablos de la memoria. En esa geografía acosada por la música, la risa y el olvido, volvía aquel muchacho de ocho años que ya tenía más de 35 de la palabra nada escuchando una música extraordinaria, una bellísima melodía triste, *If I only have died*, Si simplemente me hubiera muerto, un radio de coche, un sonido magnífico, una reflexión sobre lo que pudo haber ocurrido si únicamente se hubiera muerto, en la canción y en la realidad, como en las películas siempre hacemos coincidir la ficción con la realidad y vivimos durante minutos, horas, segundos, acaso sesenta segundos tan sólo, como si estuviéramos en el celuloide, en las notas de la música, como si fuéramos palabras y sueños. Sólo palabras y sueños.

Terminó el viaje, el muchacho de más de treinta años, azotado por las horas, instalado en el asfalto, tuvo que abandonar aquel coche y montar en un taxi antes de que acabara el trayecto de aquella melodía bellísima, *If I only have died*, si simplemente me hubiera muerto, y debía acabar el trayecto en otro automóvil, con otra melodía, con obsesiones distintas, acaso en otro sueño final.

Pero no. En el taxi seguía igual canción, el mismo estribillo, si sólo me hubiera muerto. El sueño vive de la casualidad, así que se desató por el aire de Madrid la atmósfera del azar, y él siguió viviendo aquella ensoñación.

Al término, la voz opaca de una locutora puso fin al viaje de la música. Sin embargo, otra voz masculina, sacada de la misma profundidad de que están hechos los sueños, prosiguió llevándole a un pasado que parecía ser de vértigo. En el taxi sonaba la asombrosa recitación radiada de *If*, de Rudyard Kipling.

Una especie de euforia telúrica se apoderó de aquel viejo muchacho de más de treinta años que una vez había borrado con sus uñas lo que iba a ser la pared blanca de la memoria, el territorio en el que habita toda la literatura.

Juan Cruz



«¿Llegaron solos o alguien vino con ellos,
alguien, además de la vida,
como impalpable raíz, como sustancia?»



F. Farreras
(Cortesía Bertha
Schaefer, Nueva York)